



Es notable que un ensayo vital, una suerte de concreción de la experiencia emocional se convierta, en la pintura de Adolfo Falcón, en un deseo de afianzar la materia física del cuadro —su medio— de tal manera que se evidencie su presencia real, que se transforme en forma artística en sí. Mirada de este modo, es posible relacionarla con el “género de arte cuyo primer privilegio se funda en la importancia conferida a la materia” (Dorfles), inclinada “a templarse en la siempre viva y presente lección de la naturaleza”, de una naturaleza capaz de inspirar a través de sus mismos materiales, de sus posibilidades de cambio, de transformación, más que a través de la interpretación o ilustración de sus apariencias exteriores.

Rugosas o finas texturas, gruesas y uniformes capas de material aglutinado (arena, marmolina), hondos trazos, grietas, sugieren un principio compositivo paisajístico muy particular. Aunque ajeno por completo a sus normas tradicionales, persiste su regusto en la

disposición de áreas, de pesos y contrapesos de calidades texturales puramente abstracta. Sus monocromías casi totales, primarias a veces, rompen la posibilidad de este origen, de este sentido, para comunicarnos con una realidad matérica, superficies y relieves que se autorrepresentan, trazos que a fuerza de repetirse o modificarse de un cuadro a otro establecen un ritmo diferente al del signo (de la pintura gestual) y de la manifestación catártica (del informalismo) y cuyas posibles atribuciones intelectuales son sólo resultados de la exactitud del equilibrio logrado. Al reconocer leyes propias del material al tomar un plano artístico, el pintor se limita a encauzarlo, a exaltarlo en ocasiones, eliminando elementos intermedios para descubrir un espacio de provocaciones táctiles y visuales abierto a la interpretación.

Luis Carlos Emerich

